



www.loqueleo.santillana.com

© 2007, ADRIANA LISBOA
c/o Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K. Frankfurt m Main,
Germany

© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4936-6
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: junio de 2016

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Edición: LUCÍA AGUIRRE - CLARA OEYEN
Cubierta: EVA LUCÍA DOMÍNGUEZ
Traducción: FLORENCIA GARRAMUÑO E IGNACIO FERNÁNDEZ BRAVO

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Lisboa, Adriana

El corazón a veces para de latir / Adriana Lisboa . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Santillana, 2016.

120 p. ; 22 x 14 cm. - (Roja)

Traducción de: Florencia Garramuño ; Ignacio Fernández Bravo.

ISBN 978-950-46-4936-6

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Garramuño, Florencia, trad. II.

Fernández Bravo, Ignacio, trad. III. Título.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES DE JUNIO DE 2016 EN ENCUADERNACIÓN ARÁOZ S.R.L., AV. SAN
MARTÍN 1265, (1704) RAMOS MEJÍA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El
corazón
a veces
para de **latir**

**ADRIANA
LISBOA**

loqueleg

Este libro es para Biel, Mikael, Giulia y Livia.

El mar

Antes que nada, me gustaría hablar del mar. Que es el comienzo de tantas cosas. Dicen que de la vida en el planeta, incluso. Una vez vi una película acerca de eso en la escuela; era muy interesante. Y porque el mar es el comienzo de tantas cosas, puede ser el comienzo de esto también, sea lo que sea esto. ¿Una carta para vos?

Si es una carta, para ser una carta debe ser leída. ¿No es cierto?

¿O las cartas pueden ser cartas, pueden mantener su condición de cartas, aun sin que nadie las lea?

Pero digamos que necesita ser leída. ¿Cómo hago entonces? ¿La tiro al mar, dentro de una botella?

Me acuerdo de cuando llegamos a la ciudad, mi familia y yo. Yo era un nene de cinco años. Por lo que sé, no son muchas las personas que se acuerdan de cosas de tan pequeños. Pero yo me acuerdo.

Me acuerdo del mar, de la primera vez que vi el mar.

Me sorprendió que el mar no se derramase. Me quedé horas mirándolo. No deben de haber sido horas, pero me parecieron horas, sabés que si existe algo relativo en la

vida, es la noción de tiempo. Por ejemplo, cuando hacés algo por primera vez, parece que demora mucho más que las veces siguientes; probá pasar por una calle desconocida y después volver al día siguiente y pasar de nuevo: parece que la calle es más corta, parece que tardaras menos en pasar por ella.

En el Maracaná a mí me sucede algo parecido: cuando hay un gran partido, tengo la sensación de que el tiempo pasa muy rápido, pero también de que los noventa minutos reglamentarios se estiran, parece que el partido dura mucho más y mucho menos de lo que dice el reloj. ¿Me entendés?

No sé si las demás personas tienen esa sensación.

Sea como fuere, aquel primer día me quedé horas con los ojos pegados al mar de la playa de Copacabana. No era agua encerrada entre dos márgenes, como los ríos que conocía hasta aquel momento, los ríos donde me bañaba con otros niños, un montón de ellos; agua dulce que desde las montañas parecía un cordón grueso y mal estirado, a veces verdosa, normalmente barrosa, que aumentaba en la inundación, e impedía ver las piedras del fondo durante la sequía. No era el agua calma de laguna, que refleja el cielo, las nubes, la luna, las estrellas.

Nada de eso.

Las olas iban y venían y se revolvían en sí mismas y hacían ese barullo repetitivo y lento de algo que hierve en una sartén. Me sorprendía que el mar no se derramase por encima del resto de la arena y de las personas

que estaban ahí y de la avenida Atlántica, por donde los autos iban y venían con prisa.

Mamá, cómo es que el mar no se derrama, pregunté.

La prisa

Ya volveré al mar (que es el comienzo de tantas cosas y también de esta carta). Quería hacer un comentario dentro de lo que estaba diciendo.

Poco a poco vas a ver, y perdoname si es un poco molesto, pero vas a ver que me encanta hacer comentarios dentro de los comentarios. En realidad creo que no sé ser de otra manera. Mi cabeza funciona igual que una cebolla.

(No me vas a decir que de la cebolla, cuando se termina de pelar, no queda nada: yo no podría vivir bien con la idea de que si se fuera pelando pensamiento tras pensamiento de mi cabeza, se llegaría a un vacío, a un yo no-pensante. Prefiero creer que la gracia de la cebolla está en la propia cebolla, en sus capas, en aquello que se va pelando, y no en algún posible carozo, que las cebollas no tienen).

Pero el comentario era sobre la prisa. Nunca conseguí comprender la prisa de Río de Janeiro.

Como te conté, vine para acá de niño, desde el interior del interior del interior del estado. Distinto a vos, que naciste y te criaste aquí, en la Zona Oeste de la ciudad

maravillosa, que a veces no es tan maravillosa, o que tiene otras formas de ser maravillosa más allá de lo obvio. Esa fue una de las cosas que me contaste: que naciste y te criaste en la Zona Oeste de Río.

Vine para acá de nene, ahora tengo quince años, como sabés, por lo tanto pasé dos tercios de mi vida aquí, y nunca conseguí entender la prisa de la ciudad.

No sé muy bien hacia dónde van todas esas personas con tanta prisa. No sé si ellas piensan en eso. Si cuando salen de casa por la mañana temprano piensan hacia dónde van, por qué van y por qué debe ser con tanta prisa.

Si corren el día entero para tener un poco de tiempo libre, a la salida del trabajo. Tomar una cerveza. Mirar la novela. Esas cosas.

Si corren 335 días al año para tener un mes de vacaciones más o menos tranquilas. Si es que son tranquilas. Las de mis padres nunca lo fueron.

Es como si tuvieses que andar a cien por hora durante buena parte de tu tiempo para, de vez en cuando, poder andar a veinte o treinta, mirando lo que pasa a tu alrededor. En vez de mantener una velocidad constante; algo en torno a los cuarenta o cincuenta, digamos. Una velocidad razonable.

Vos me contaste de aquella ocasión en la que, el año pasado, la banda de skate *downhill* descendió la Vista Chinesa, acá en Río. Un kilómetro y medio. La meta era superar los ochenta por hora. Pero esa no es la velocidad habitual del skate. Me parece que el mundo debería andar a la velocidad del skate, y no de los autos.

Cuando le comenté eso a mi mamá ella me dijo que yo tenía unos pensamientos muy extraños, que los niños (exacto, ella me llamó niño) de mi edad no piensan en esas cosas.

Mi mamá cree que tengo un tornillo de menos. O de más. Quizá cree que debería operarme la cabeza, abrir la tapa con un serrucho y sacar algunas cosas que sobran. Algunas capas de cebolla.

Mi madre no maneja. Mi padre sí.

Mi padre manejando

Mi padre maneja todo el tiempo pegado al auto de adelante. Mi padre siempre dice una palabrota cuando alguien frena delante de él con el semáforo en amarillo. La bocina es una de las principales formas de comunicación de mi padre con el mundo. Mi padre dice que el tránsito de Río de Janeiro es caótico.

Caótico

Según el diccionario, caótico quiere decir relativo al caos. Caos: del latín *chaos*, del griego *khaos*. Confusión, gran desorden, desorganización.

Mi padre manejando, continuación

Mi padre dice que el tránsito de Río de Janeiro es caótico. Todas las personas que manejan en el tránsito de Río de Janeiro dicen que el tránsito de Río de Janeiro es caótico. Todas las personas que manejan en el tránsito de Río de Janeiro parecen pensar que el tránsito de Río de Janeiro es algo independiente y exterior a ellas, que manejan en él, algo de lo que fueron obligadas a participar. Las personas que manejan en el tránsito de Río de Janeiro se sienten víctimas del tránsito de Río de Janeiro.

Pero voy a volver al mar, que fue donde empecé.

El mar, continuación

Mamá, cómo es que el mar no se derrama, pregunté. Ella no me escuchó. O fingió no escuchar. Imagino que las madres a veces hacen eso.

Mi mamá es una mujer alta y casi bonita. Se siente orgullosa al decir que todavía no tiene canas.

Me imagino a mi mamá, aquel día. No me acuerdo bien de ella, solo me acuerdo del mar y de que ella no me escuchó o fingió no escuchar mi pregunta. Pero imagino sus cabellos sueltos, largos, cayendo por encima de los ojos y ella empujándolos tras sus orejas, los cabellos soltándose y cayendo de nuevo, y ella empujándolos nuevamente. Como si sus manos imitasen el vaivén de las olas del mar.

Imagino a mi padre a su lado, un poco más viejo –diez años más viejo, en realidad–, tomando su mano.

No sé si él tomaba su mano. Tal vez ella tuviese ojos tristes bajo sus cabellos. Mi madre no quería vivir en Río, quería seguir cerca de su madre, en el interior. No le gustaba y aún no le gusta la gran ciudad. En el interior, la madre de mi madre tiene gallinas en su quinta, sueltas. Y un árbol de guayaba que aprendí a trepar muy temprano.

Un poco adelante, algo alejada, estaba mi hermana más grande, que debía de tener siete años. La imagino con piernas flacas y un reloj de plástico en la muñeca, marcando una hora imaginaria. Pero alejada, distante, una situación que se empeñaría en perfeccionar en los años siguientes.

El silencio de las voces, el ruido del mar, la distancia de mi hermana, la cuasi-belleza de mi madre, los diez años más de mi padre.

Tardé un tiempo (varios años, en verdad) en aceptar el hecho de que el mar no se derramaba.

De vez en cuando, en los momentos en que me siento en la arena y me quedo mirando las olas, esta idea todavía me viene a la cabeza. Debe de ser una de las capas de cebolla. Uno de aquellos tornillos de menos, o de más, que mi madre cree que tengo.

Fue en la orilla del mar que conocí, al comienzo de este año, a Paloma. Fue también por eso que quise hablar del mar en esta carta, antes que nada.

El mar, que fue el comienzo de la vida en el planeta, por lo que dicen (aquella famosa sopa primordial donde flotaban los compuestos orgánicos, mucho antes de los hombres de las cavernas y de las guerras del narcotráfico), y que fue donde conocí a Paloma, el día en que mi corazón paró de latir por primera vez.

El corazón a veces para de latir

Ya sentí eso algunas veces, no es una manera de decir, no es una figura poética. Tengo la certeza de que el corazón para REALMENTE de latir. El mío, al menos, para. Comenzó con Paloma, luego sucedió algunas veces más. Siempre tuvo que ver con ella.